

NOTAS SOBRE LAS RELACIONES ENTRE MEMORIA Y NACIÓN EN LA HISTORIOGRAFÍA MEXICANA

Enrique FLORESCANO

Consejo Nacional para la Cultura y las Artes

QUIENES SE OCUPAN DE LOS ORÍGENES y propósitos del discurso histórico nos dicen que éste nació de la imposibilidad de revivir el pasado. Puesto que no podemos resucitar lo que ha dejado de tener vida, sólo podemos representarlo, intentar reconstruirlo, acudiendo a los vestigios que se han conservado de ese pasado.¹

El sociólogo francés Maurice Halbwachs fue quizá el primero que argumentó que la memoria no era una creación individual, sino un producto social, un lenguaje, así como una creación colectiva.² Elizabeth Tonkin observa que todos recordamos, pero advierte que “nuestros recuerdos son respuestas al mundo exterior, y en este sentido es el mundo exterior el que nos hace comprender lo que realmente somos”.³

Contra las concepciones deterministas que afirmaban que la memoria era algo heredado genéticamente, Halbwachs enfatizó la influencia de la familia, la religión y los grupos sociales en la formación de la memoria. Y contra la tesis de Henri Bergson, para quien la memoria era una

¹ MARGALIT, 2002, pp. 66-67.

² HALBWACHS, 1994.

³ TONKIN, 1992. En la p. 112, Tonkin reafirma: “The contents or evoked messages of memory are also ineluctably social insofar as they are acquired in the social world and can be coded in symbol systems which are culturally familiar”.

colección de imágenes fundadas en experiencias individuales, Halbwachs sostuvo que la memoria era una reconstrucción racional del pasado elaborada por la conciencia del grupo. En 1925, en páginas que hoy se citan con frecuencia, propuso una nueva interpretación de los orígenes de la memoria:

[...] es dentro de la sociedad donde normalmente el hombre adquiere sus recuerdos, donde los manifiesta y, como se suele decir, donde los reconoce y los sitúa [...] Es en este sentido que existe una *memoria colectiva* [...] No es suficiente, sin embargo, decir que los individuos, cuando recuerdan, lo hacen empleando un marco social. [Debe subrayarse que] es en la perspectiva del grupo o de los grupos donde es preciso ubicar el recuerdo [...] Se puede decir que el individuo recuerda cuando está inmerso en el punto de vista del grupo, y que la memoria del grupo se realiza y se manifiesta en las memorias individuales.⁴

Esta memoria colectiva que nace en el seno del grupo y es modelada por él es la que ha absorbido los afanes reconstructivos de los historiadores. La memoria individual, tan decisiva en la formación de las personas, sólo interesa al cronista o al historiador cuando se trata de componer biografías.⁵ En cambio, la memoria colectiva, es decir, la que nutre el imaginario de las familias, los grupos, la tribu, la patria o la nación, es el objeto de la mayoría de los estudios históricos que tratan la formación de las identidades colectivas. Sin embargo, dado que hay diferentes interpretaciones del término “memoria colectiva”, conviene precisar el significado que aquí le damos. El filósofo Avishai Margalit distingue entre “memoria común” y “memoria compartida”. Una muestra del primer caso es el recuerdo que muchos mexicanos conservaron de la represión y masacre de Tlatelolco en 1968. Cada vez que se cumple un aniversario de esa efeméride aparecen nuevos testimonios o se publican libros que la recuerdan e intentan explicarla. En este

⁴ HALBWACHS, 1994, pp. vi-viii. Las cursivas son mías.

⁵ MOMIGLIANO, 1986.

caso, según Margalit, estamos ante una memoria común, que agrega las individuales de aquellos que vivieron y recuerdan ese acontecimiento.⁶

Otra cosa es la memoria compartida que no es el simple agregado de diferentes memorias individuales. La compartida se forma no sólo por la interacción de diversas memorias individuales, sino por la comunicación entre los miembros de la sociedad acerca de sus orígenes y su futuro. Se trata de una comunicación múltiple y diversa, que fluye en distintos sentidos. Como dice Margalit, “la memoria compartida en la sociedad moderna viaja de una persona a otra mediante instituciones, tales como los archivos, y a través de artefactos nemotécnicos comunitarios, como los monumentos y el nombre de las calles”.⁷ Pero sobre todas las cosas, la memoria compartida es un diálogo entre el pasado y el presente, una conversación ininterrumpida con el pasado desde el presente, o como decía el historiador inglés Edmund Burke, un contrato “entre aquellos que están vivos, aquellos que están muertos y los que aún no han nacido”.⁸

Este lazo profundo que recorre los siglos y los milenios es el que asegura la continua transmisión de las experiencias del pasado hacia el presente, el que une a los muertos con los vivos en una relación de dependencia enriquecedora, que permite a los segundos edificar sobre el legado de los primeros y forja lo que podríamos llamar una comunidad basada en la memoria. Dice Margalit que estas “comunidades memoriosas” están basadas no sólo en “relaciones muy fuertes entre los vivos sino también en estrechas relaciones con los muertos”. Se trata de una comunidad vinculada con la vida y la muerte, donde los elementos de conmemoración y revivificación son más fuertes que en una comunidad basada meramente en la comunicación. “Es una comunidad comprometida con el reto de sobrevivir mediante la memoria.”⁹

⁶ MARGALIT, 2002, pp. 50-51.

⁷ MARGALIT, 2002.

⁸ Citado por APPIAH, 2003, p. 36.

⁹ MARGALIT, 2002, p. 69.

Pero aun cuando los grupos y organizaciones sociales basan su supervivencia en la memoria de las experiencias pasadas, no todos logran constituir comunidades sustentadas en la memoria. Para que la memoria colectiva pueda almacenarse, reproducirse, multiplicarse y ser redistribuida entre los miembros de la comunidad, es preciso la existencia del Estado. En las sociedades antiguas el Estado se define como un sistema político que tiene un gobierno centralizado y hereditario, que ejerce su soberanía sobre un territorio delimitado y dispone del monopolio del uso de la fuerza.¹⁰ Desde el momento en que se constituye el Estado incrementa sustancialmente su poder económico y social (mediante los tributos en especie y trabajo que le otorgan los gobernados), y crea regulaciones estrictas para dirigir las relaciones entre gobernantes y gobernados. En lugar de estar formado por un solo grupo étnico incluye a varios, que comparten lenguas y tradiciones diferentes. Puede decirse que el rasgo distintivo de la fundación del Estado es su capacidad para organizar y coordinar la actividad de extensos grupos humanos, infundiéndoles identidad y propósitos comunes.

Los elementos que permitieron al Estado crear esta memoria compartida fueron el uso de una lengua común, la invención de la escritura y de un calendario que unificó las formas de medir el tiempo y festejar las ceremonias cívicas y religiosas, el culto a los ancestros y la celebración del origen del reino y las hazañas de sus gobernantes. En las páginas que siguen presento ejemplos que muestran cómo la participación de estos mecanismos forjó, en los distintos pueblos que habitaron el territorio que hoy llamamos México, una memoria de la nación, una imagen colectiva de grupos humanos que vivieron amparados por la entidad política del Estado. En estos ejemplos quiero hacer énfasis en la frase antes citada de Margalit, que se refiere a comunidades humanas “comprometidas con el asunto de sobrevivir mediante la memoria”. A diferencia de los estudios concentrados en los aspectos políticos de la nación y la ideo-

¹⁰ COHEN, 1978, p. 34.

logía nacionalista, son escasos los que destacan el aspecto decisivo que desempeña la conservación de la memoria del pasado en la supervivencia del grupo y la continuidad de las identidades antiguas. En algunos de estos ejemplos muestro que la conservación de la antigua memoria del pasado fue el principal elemento para asegurar la supervivencia del grupo.

LA MEMORIA DE TOLLAN Y LA RECONSTRUCCIÓN DEL ESTADO EN MESOAMÉRICA

El tema obsesivo que recorre los mitos, los cantos y las leyendas que recuerdan a Tollan-Teotihuacán es la idea de que ahí nació el poder y las instituciones políticas. Un texto cuenta que en Teotihuacán “se elegían los que habían de regir a los demás”, y por eso se le llamó “lugar donde hacían señores”. Según esta tradición, en Tollan-Teotihuacán se enterraba a los señores principales, pues se creía “que los señores que allí se enterraban, después de muertos, los canonizaban por dioses”.¹¹ Otro texto informa que los toltecas y los pueblos que adoptaron sus tradiciones “nunca dexaron de tener sus sabios o adivinos, que se decían amoxhuaque, que quiere decir hombres entendidos en las pinturas antiguas”. Un testimonio más dice:

Ahí [en Teotihuacán] se dieron las órdenes, allí se estableció el señorío. Los que se hicieron señores fueron los sabios, los conocedores de las cosas ocultas, los poseedores de la tradición. Luego se establecieron allí los principados [...] Y toda la gente hizo allí adoratorios, al Sol y a la Luna [...]¹²

En la tradición que difundió estas ideas, los hombres sabios aparecen como los fundadores de las instituciones políticas que le dieron estabilidad y gloria a los reinos mesoamericanos.

¹¹ SAHAGÚN, 2000, lib. x, cap. xxix, pp. 973-974.

¹² SAHAGÚN, 2000, lib. x, cap. xxix, pp. 973-974.

El prestigio político de la Tollan primordial explica por qué los estados fundados después de la caída de la gran metrópoli se esforzaron en asumir los legados políticos, religiosos y culturales de Tollan, y no cesaron en inventar nuevas Tulas: reinos gobernados por dirigentes acometedores, protegidos por los dioses del Quinto Sol y orgullosos de la elocuencia de su lengua y los logros de sus artistas, pensadores, guerreros y jefes políticos.

Los dirigentes de los nuevos estados propagaron la idea de que en Tollan nació la realeza, las instituciones y la legitimidad política. Según esta concepción, en Tollan se instituyó el abolengo que legitimaba a quienes ejercían el poder. Apoyándose en testimonios que relataban esta tradición, el historiador mestizo Fernando de Alva Ixtlilxóchitl afirmó que Topiltzin Quetzalcóatl instauró en Tula (la ciudad fundada en el actual estado de Hidalgo), la ceremonia que otorgaba el mando y las insignias del poder a los gobernantes.¹³ Se trata de una tradición que echó raíces en el conjunto de Mesoamérica, pues la vemos reproducirse en los reinos mayas del Posclásico, cuya legitimidad se hacía descender de una legendaria Tulán Zuywá, la Tollan maya, que según mi interpretación es Chichén-Itzá.¹⁴

En el imaginario político de los mayas de Yucatán, Tulán Zuywá es la capital donde se originó el poder y gobernó Nakxit (Cuatro Pies en naua), el modelo de los príncipes. Según el *Popol Vuh*, Tulán Zuywá fue la matriz de donde salieron los pueblos que fundaron los reinos más importantes del Posclásico. Dice el libro que en Tulán Zuywá se congregaron numerosos pueblos que más tarde, al derrumbarse esta ciudad, se asentaron en diversas regiones de Guatemala: los k'iche', los rabinal, los kaqchikeles, los tzi-quinahá y los yaquis, el nombre que se le daba a la gente originaria del México central, quienes seguramente eran

¹³ ALVA IXTLILXÓCHITL, 1972, p. 387.

¹⁴ En un estudio inédito, "Chichén Itzá, Teotihuacán y los orígenes del *Popol Vuh*", sostengo que Chichén Itzá es la Tulán Zuywá o Tulán a que se refieren el *Popol Vuh*, el *Título de Totonicapán*, el *Memorial de Soló* y otros textos mayas.

teotihuacanos. Narra el *Popol Vuh* que en Tulán Zuywá les fueron otorgados los dioses patronos a los jefes de cada pueblo. Más tarde, cuando otras oleadas de migrantes llegaron a Tulán Zuywá, los k'iche' decidieron dejar esa ciudad y buscar tierras nuevas donde asentarse.¹⁵

El *Popol Vuh* se refiere otra vez a Tulán Zuywá cuando relata el viaje de los jefes k'iche' que suceden a los fundadores de ese linaje. Los nuevos dirigentes del pueblo k'iche' viajaron a Tulán Zuywá obedeciendo el mandato de sus antepasados, quienes les habían ordenado visitar la ciudad mítica para legitimar la posesión de los cargos políticos. Así, cuando llegaron ante Nakxit, el supremo gobernante, éste les otorgó los emblemas del poder, las insignias de Guardián del Petate y del Guardián del Petate de la Casa de Recepción, un juego completo de los emblemas del señorío, y la escritura de Tulán, el libro donde se habían atesorado las tradiciones de Tulán Zuywá.¹⁶ Otro testimonio k'iche', el *Título de Totonicapán*, confirma los pasajes del *Popol Vuh* acerca del viaje memorable a Tulán Zuywá. Dice este texto que los jefes k'iche' viajaron a donde sale el sol, el oriente, para visitar al señor Nakxit y cuando llegaron ante él recibieron de sus manos los símbolos del señorío.¹⁷

Los *Anales de los Cakchiqueles*, también conocidos como *Memorial de Sololá*, cuya redacción en español data de fines del siglo XVI, narran la peregrinación del pueblo kaqchikel a la legendaria Tulán Zuywá, donde recibieron sus dioses y pagaron tributo a los gobernantes de esa metrópoli multiétnica. Ahí se juntaron con otros grupos mayas: los de rabinal, los tzotziles, los k'iche', los lamarquis y los akanales. Luego, al igual que los otros pueblos, fueron presentados a

¹⁵ *Popol Vuh*, 1950, pp. 110-116.

¹⁶ *Popol Vuh*, 1950, pp. 142-143 y *Popol Vuh*, 1985, pp. 183-184.

¹⁷ El *Título de Totonicapán*, 1983, pp. 174 y 182-183. Este texto describe con detalle los símbolos del poder otorgados por Nakxit: "El palio de pluma de Quetzal, el palio verde, el trono de león, el trono de jaguar, la flauta, el tambor, las piedras negras y amarillas, la cabeza y las patas de venado, los huesos de falange de águila y jaguar, el caracol, la red de tabaco, las plumas de garza, la cola de buitre, el brazalete, las trenzas, la piedra de hongo [todas] las señales de señorío fueron juntadas".

Nakxit, el señor de Tulán Zuywá, quien les dio los títulos de Ajpop y Ajpop Qamahay y les otorgó las insignias del poder, les horadó la nariz y les regaló los ornamentos y vestidos reales. Dirigiéndose a todos los jefes, dijo Nakxit: “Subid a estas columnas de piedra, entrad a mi casa. Os daré a vosotros el señorío, os daré las flores [cempasúchil]”.¹⁸

Estos textos establecen sin lugar a dudas que en el imaginario maya de los siglos XIII al XVI, Tulán, Wukub Siwan o Sewan Tulán (Siete Cuevas o Siete Barrancas), era la ciudad progenitora de las tribus que poblaron las tierras altas de Guatemala, y Nakxit Quetzalcóatl el gobernante supremo a quien rendían homenaje los pueblos de esta región.¹⁹ Es decir, esta Tulán oriental, Chichén Itzá, es para los pueblos mayas el equivalente de Tollan-Teotihuacán para los pueblos nauas.

Los primeros interesados en conservar la memoria de la Tollan primordial fueron los mismos descendientes de ese reino. Por eso hay un hilo de continuidad que nace en Teotihuacán y se enlaza con Xochicalco, Cacaxtla, Cholula, Coixtlahuaca, Cuauhtinchan, Tula, Colhuacán y Texcoco, hasta llegar a México-Tenochtitlán, que eran pueblos unidos por la lengua naua y un pasado común. Tula y Tenochtitlán fueron los estados más fuertes después de Tollan-Teotihuacán. Eran reinos nauas y almacenaron en sus templos y bibliotecas las tradiciones que provenían de la primera Tollan. Saqueados o quemados los repositorios donde se había concentrado la tradición tolteca, a nosotros sólo llegó la memoria de Tollan guardada por los mexicas. Tenochtitlán conservó un recuerdo hiperbólico de las glorias de Tollan-Teotihuacán.

Las metáforas mexicas que describen a Tollan como cuna de las artes y las ciencias, reino ubérrimo, ciudad magnífica y hogar de sabios y artesanos insuperables, brindan una visión idealizada del primer Estado poderoso fundado en el Altiplano. Asimismo, el lenguaje religioso, el más inaprensible porque habla de cosas inexistentes en la realidad, acuñó una me-

¹⁸ *Memorial de Sololá*, 1950, pp. 48-49, 54-61 y 67-68.

¹⁹ FLORESCANO, 1999, pp. 149-159.

táfora inolvidable para celebrar los orígenes del Estado teotihuacano: el mito de la creación del Quinto Sol.

La arqueología muestra que antes de Tollan existió un Estado olmeca en las tierras calientes de Veracruz y Tabasco. Asimismo, en los valles de Oaxaca se asentó el Estado que construyó Monte Albán, y recientemente los arqueólogos que hallaron en la selva del Petén guatemalteco ciudades gigantes, como El Mirador y Nakbé, reconocieron la presencia de organizaciones políticas complejas. Pero ninguna de estas construcciones alcanzó el prestigio político, la irradiación mitológica y el fulgor cultural que rodearon a Tollan-Teotihuacán. La sola mención de los logros realizados por el reino tolteca en los primeros años de la época Clásica es impresionante: edificó la ciudad más grande, planificada y majestuosa del continente;²⁰ levantó un ejército formidable, dotado de armas poderosas y estrategias innovadoras, que impuso su dominio en la costa de Veracruz y Tabasco, en los valles de Puebla, Tlaxcala y Oaxaca, y sometió las pujantes ciudades mayas de las tierras altas y algunos de los reinos del Petén guatemalteco.²¹

Pero quizá el logro más duradero de los pobladores de Tollan consistió en envolver esas hazañas en los lenguajes del mito, el rito y la ideología política. El mito del Quinto Sol, con su cauda de alegorías magnéticas (la creación de los seres humanos, la vida civilizada y la dinastía real), y el mito de Tollan, el arquetipo de los reinos, se convirtieron en el paradigma de los mitos de origen de los estados posteriores.

LA INVASIÓN ESPAÑOLA Y LA MULTIPLICACIÓN DE LAS REPRESENTACIONES DEL PASADO

La conquista de México-Tenochtitlán fue seguida por la imposición de la concepción cristiana de la historia, la destrucción de los códices indígenas, el asentamiento de las

²⁰ MILLON, 1973.

²¹ Véase MARTIN, 2001, pp. 98-111.

formas grecorromanas, renacentistas y medievales para relatar el pasado, y la aparición de nuevos sujetos de la historia. El *tlatoani* y el reino indígena fueron sustituidos por el conquistador, el fraile y la nación castellana, y por la aparición de nuevos actores del relato histórico, como el cabildo, la orden religiosa, las capitales provinciales y el reino de la Nueva España. Es decir, en contraste con el dominio hegemónico del mito mesoamericano que narraba el origen del cosmos, las plantas cultivadas, los seres humanos y el establecimiento de los reinos, en la Nueva España surgen múltiples interpretaciones del pasado, casi todas enemigas una de la otra, ensimismadas en la reconstrucción del pasado del propio grupo, e incapaces de ofrecer una visión de conjunto del extenso y fragmentado virreinato.²² Se trata de historiografías de tradición occidental, seguidoras del modelo de la crónica y dominadas por el afán de relatar el encumbramiento de España, las gestas de sus conquistadores y evangelizadores y los logros de la obra civilizadora en el territorio americano.²³

A pesar de su número y calidad, no fueron las representaciones del pasado elaboradas por los cronistas oficiales de la corona española las que hicieron brillar los contornos del virreinato. El relato que sedujo a los estudiosos de la reconstrucción del pasado fue el que más tarde sería bautizado con el nombre de “patriotismo criollo”, una primera versión de la historiografía nacionalista que recorrió los principales estados europeos en el siglo XIX, y que en América se expresó en obras magistrales que modificaron la interpretación del desarrollo histórico.²⁴ Como lo mostró David Brading, *La crónica moralizada, del orden de San Agustín en el Perú* (1638), del peruano Antonio de la Calancha, y la *Historia antigua de México* (1780), del mexicano Francisco Xavier Clavijero, fueron las primeras que revaloraron la naturaleza, la historia antigua y las creaciones culturales de los americanos y promovieron entre sus lectores un senti-

²² Trato estos temas en *Memoria mexicana*. FLORESCANO, 2001, cap. v.

²³ Véase BRADING, 1991.

²⁴ BRADING, 1980 y ANDERSON, 1991.

miento de identidad y orgullo patrio basado en esa nueva interpretación del pasado.²⁵

Otra prueba de la existencia de diferentes representaciones del pasado en el virreinato nos la brinda la reciente interpretación de los *Títulos de Tierras* producidos por los pueblos o Repúblicas de Indios de la Nueva España entre los siglos XVII y XVIII. Los primeros *Títulos* que se estudiaron estaban escritos en naua, así como los llamados *Códices Techialoyan*, copiosamente ilustrados, los cuales levantaron sospechas de falsedad por el carácter estereotipado de sus pinturas y por algunas alteraciones en sus fechas. Pero como lo muestra el análisis comparado del conjunto, se trata de documentos auténticos. Fueron hechos por los principales del pueblo o los representantes de la comunidad ante las reiteradas exigencias de las autoridades que pedían a los indígenas presentar documentos escritos basados en las normas legales en uso. Salvo las fechas y los nombres de algunos personajes que figuran como testigos de la fundación del pueblo, los datos proporcionados por los *Códices Techialoyan* corresponden a la geografía y la circunstancia histórica del lugar al que se refieren. Sabemos ahora que estos documentos no fueron hechos en el siglo XVI, pues comenzaron a elaborarse después de las composiciones de tierras que se iniciaron en 1643 y 1647. Además de proporcionar una información verídica, abundante y excepcional sobre los orígenes y organización de numerosos pueblos, los *Códices Techialoyan* y los *Títulos primordiales* brindan una documentación invaluable sobre las formas cómo se articulaba y fortalecía la identidad en estos pueblos, y sobre sus modos particulares de reproducir el pasado.²⁶

Antes de que se estudiaran estos documentos, era común encontrar argumentaciones que sostenían que los pueblos indígenas habían perdido su memoria histórica, pues se decía que no existían textos que mostraran su articulación con

²⁵ BRADING, 1991, caps. xv y xx y ANDERSON, 1991, cap. 4. Otra interesante lectura de la historiografía de la Ilustración americana y española del siglo XVIII puede verse en la obra de CAÑIZARES-ESGUERRA, 2001.

²⁶ FLORESCANO, 2002, pp. 210-229.

el pasado. Sin embargo, el análisis cuidadoso de los *Títulos nauas*, purépechas, mixtecos y mayas, mostró que los dirigentes de los pueblos convirtieron estos testimonios en el almacigo principal de su memoria histórica y en el repositorio de su identidad. Aun cuando producidos en áreas culturales y geográficas distintas, los títulos nauas y purépechas, los *lienzos*, *tiras* y *mapas* mixtecos, o los *Títulos mayas*, todos estos documentos se caracterizan por incluir una demarcación minuciosa de las tierras del pueblo, un relato de su origen y fundación, una crónica de los principales sucesos ocurridos y una defensa de sus tierras.

Así, por ejemplo los lienzos mixtecos de *Zacatepec*, *Ihuatlán*, *Tlapiltepec* o *Tequiztepec*, elaborados a mediados del siglo XVI, narran la historia de esos pueblos, recogen la sucesión de los linajes que los gobernaron y describen el territorio del altépetl y los cambios que experimentó a través del tiempo. Es decir, a diferencia de los *Títulos nauas* y purépechas, los lienzos y títulos mixtecos tienen una profundidad histórica que en algunos casos abarca tres o más siglos.

Los lienzos mixtecos funden la historia del altépetl con los testimonios que corroboran la posesión del territorio desde un tiempo inmemorial. Como observa Mary Elizabeth Smith, la función específica de estos documentos era “proteger las tierras de la comunidad y las propiedades de la nobleza local”.²⁷ Relatan tres aspectos decisivos en la formación del altépetl: el momento de la fundación del pueblo, el origen y la sucesión del linaje gobernante y los límites del territorio. Aun cuando algunos mapas adoptaron el formato redondo del plano europeo, la mayoría de los lienzos tienen forma rectangular. Los lienzos unen la parte narrativa de los antiguos códices con la descripción gráfica del territorio. Pero como advierte Elizabeth Boone, el tiempo parece congelarse en los mapas que describen el territorio del altépetl. Los rasgos del territorio, si bien corresponden a una fecha precisa, aparentan prolongarse sin modificaciones a través del tiempo. “El mapa que domina la mayoría de los lienzos describe el territorio como una en-

²⁷ SMITH, 1973, p. 169.

tividad espacial que existió en un momento del pasado, pero también transporta esta entidad hacia el [presente del lector y hacia el] futuro, y de este modo le confiere la cualidad de la duración.”²⁸ Este rasgo del mapa dibujado en los lienzos permitió más tarde la conversión del lienzo en *Título*, en documento legal utilizado por los pueblos para probar la posesión inmemorial de sus tierras.

Los lienzos, al describir los orígenes del pueblo, la sucesión de sus gobernantes y los rasgos del territorio, se convirtieron en el núcleo memorioso de la comunidad. Almacenaron en sencillas telas de algodón pintadas los fundamentos sobre los que descansaba la existencia histórica del pueblo y por eso los pueblos conservaron esas mantas con el mayor celo durante los tres siglos del virreinato. En Oaxaca, los lienzos fueron el principal instrumento para defender las tierras de los caciques, primero, y, más tarde, las tierras comunales de los pueblos.²⁹

La existencia de los llamados *Títulos* en el ámbito nawa o purépecha, o entre los mixtecos o mayas, prueba que se trata de una expresión cultural con raíces, contenido y formato comunes. Y la multiplicación de estos testimonios en diferentes tradiciones culturales permite sostener que estamos ante un artefacto especialmente creado para conservar y transmitir la memoria colectiva, producto de la interacción entre la cultura mesoamericana y la occidental. La administración española, al imponer a los pueblos nativos una nueva forma de legitimar la posesión de la tierra, obligó a éstos a desplegar una gama de dispositivos para satisfacer esa exigencia. En primer lugar, recurrieron a sus propias tradiciones, a los recipientes donde se había almacenado la memoria que explicaba sus orígenes y la constitución de sus pueblos. El canto que narraba el origen de los seres humanos, la fundación del reino, el linaje de los gobernantes y los avatares del grupo étnico, fue la piedra angular a la que acudieron los pueblos para sostener su identidad y afirmar la antigüedad de sus posesiones territoriales.

²⁸ BOONE, 2000, pp. 126-127.

²⁹ SMITH, 1973, p. 10 y SMITH y PARMENTER, 1991, pp. 20 y 32.

Los lienzos, mapas y *Títulos* oaxaqueños tomaron su información histórica y la sustancia identitaria del *Códice de Viena*, la gran enciclopedia donde sus antepasados habían depositado los fundamentos del reino y la nación. Lo mismo hicieron los pueblos mayas con el *Popol Vuh*, el almábiga que nutrió los *Títulos* y probanzas que sustentaron la antigüedad de sus pueblos y posesiones territoriales, así como los mexicas y pueblos nauas, herederos de Teotihuacán, la matriz civilizadora de Mesoamérica.³⁰

Una simbiosis continua entre la tradición indígena y la occidental es ahora la que forja la nueva identidad de los pueblos. Quizá la contribución más significativa de los lienzos, mapas y *Títulos* de las diversas regiones de la Nueva España radique en su capacidad para esclarecernos el proceso mediante el cual los grupos nativos construyeron su nueva identidad mestiza. Es un proceso que muestra cómo reescribieron su pasado y crearon testimonios históricos asentados en ambos legados, pero portadores de una nueva identidad. La memoria que alienta en los lienzos, mapas y *Títulos* oaxaqueños, nauas o mayas es una memoria con un trasfondo histórico profundo, apoyada en los más remotos arquetipos de la conciencia mesoamericana, pero transformada por las disrupciones de la invasión española: conquista, congregación de pueblos, implantación del cristianismo, creación del fundo legal, imposición de la legislación española sobre la tierra, expansión del lenguaje escrito en alfabeto latino y constitución del pueblo como eje de la vida material y cultural de la comunidad. Los lienzos, mapas y *Títulos*, al incorporar esos diversos procesos, se convirtieron en invaluable testimonios históricos de su tiempo y en nuevas formas de contar y transmitir el pasado.³¹ La representación del pasado que aparece en estos testimonios puede citarse como ejemplo preclaro de una “comunidad comprometida con el reto de sobrevivir mediante la memoria”.

³⁰ FLORESCANO, 2002, pp. 260-264, cuadro VII.

³¹ FLORESCANO, 2002, pp. 260-264.

HISTORIA Y NACIÓN EN LOS SIGLOS XIX-XX

La conjunción más lograda entre la reconstrucción histórica y la representación de la nación se alcanzó en el siglo XIX, cuando la formación del Estado nacional convirtió la investigación y la enseñanza de la historia en el centro de ese empeño. En un libro que se volvió referencia ineludible, Josefina Vázquez mostró que el nacionalismo mexicano del siglo XIX se forjó en las aulas y se construyó alrededor de las lecciones de historia patria que difundieron los libros de texto.³² Por otra parte, los brillantes estudios de Edmundo O'Gorman sobre la *Historia de la Revolución de Nueva España* de fray Servando Teresa de Mier, y el análisis de Guy Rozat de las obras de Carlos María de Bustamante, iluminaron la peculiar formación del nacionalismo histórico mexicano, fundado en la recuperación del antiguo pasado indígena, el fervor guadalupano y el anhelo de construir un Estado laico, asentado en los principios republicanos y liberales.³³

Las obras de Mier y Bustamante muestran que la rebelión de Hidalgo de 1810 y la posterior proclamación de la República federal en 1824 cambiaron el sujeto de la indagación histórica y el sentido del rescate del pasado. El anhelo de crear un Estado autónomo convirtió el territorio, el pueblo y las transformaciones de la sociedad en el tiempo, en el centro del rescate del pasado y del proyecto histórico. Literalmente, la historia recibió el encargo de iluminar el origen, explicar los fundamentos y describir los episodios estelares de la formación de la nación. La aparición de este nuevo sujeto, la nación, modificó el contenido de la narración histórica.

En lugar de la concepción del devenir histórico dominada por los valores cristianos, la indagación del pasado comenzó a ser dirigida por la formación del Estado-nación. Los antiguos protagonistas del discurso histórico, el con-

³² VÁZQUEZ, 1970.

³³ MIER, 1922 y 1978 y BUSTAMANTE, 1985. Sobre este nacionalismo histórico véase la obra reciente de ROZAT, 2001.

quistador, las órdenes religiosas, la Iglesia y el Estado español, fueron sustituidos por los patriotas que combatieron por la Independencia, por los políticos que se esforzaron en darle forma al Estado nacional, por los héroes que ofrendaron sus vidas por la República, por las revoluciones que propulsaron los cambios políticos y sociales, y por los mexicanos, como se llamó en adelante a la diversidad de individuos y grupos que componían la población. Siguiendo los pasos de la historiografía europea de la Ilustración,³⁴ la mexicana se concentró en el relato de la formación de la nación y la identidad nacional, como lo muestra con fuerza *México a través de los siglos*, la empresa colectiva dirigida por Vicente Riva Palacio.³⁵

Justo Sierra remata este proceso. Su *Evolución política del pueblo mexicano* es una narración de los acontecimientos políticos que forjaron el Estado nacional, un relato que combina los hechos individuales con los movimientos colectivos que culminaron con la Independencia, la Reforma y la creación del Estado nacional.³⁶ En este sentido, como advierte Álvaro Matute, la *Evolución política del pueblo mexicano* “se ha concebido como un romance; es decir, el protagonista de la historia, el pueblo mexicano en constante evolución, se enfrenta a diferentes obstáculos [...] Sin embargo, el pueblo avanza y logra el fin supremo propuesto [...]” “Si se toma en conjunto al pueblo mexicano, se trata de una gran metáfora en la que el pueblo es el verdadero héroe de la historia.”³⁷

La sustitución de la concepción cristiana de la historia por una historia nacional se realiza bajo la acción del Estado y sus instituciones. El Estado es el primer propulsor de

³⁴ El mejor estudio sobre la historiografía europea de la Ilustración es el libro de POCOCK, 1999.

³⁵ RIVA PALACIO, 1884-1889. En FLORESCANO, 2002 hago un estudio de los rasgos historiográficos que convirtieron a esta obra en el modelo de los relatos de la historia nacional.

³⁶ Esta obra se publicó primero, entreverada con otros estudios de diversos autores, en SIERRA, 1900-1902. Más tarde Alfonso Reyes extrajo de esta obra los capítulos de Justo Sierra y los editó bajo el título de *Evolución política del pueblo mexicano*, SIERRA, 1950.

³⁷ SIERRA, 1993, pp. 21 y 25.

la historia nacional, el definidor de sus contenidos y el instrumentador de su difusión en los diversos sectores sociales y en los lugares más apartados del territorio nacional. Los medios que imaginó para alcanzar estos objetivos, además del libro de historia y el sistema educativo, fueron el calendario cívico y la pintura de historia.

El calendario cívico que celebraba las batallas y los héroes que fundaron la nación, reemplazó al calendario religioso que por siglos había regido el transcurso temporal: “Los santos fueron desplazados por los héroes y los mártires de la fe por los mártires de la patria”.³⁸ El libro de historia sustituyó a la Biblia como surtidor de valores, temas y personajes morales, y el manual de historia se impuso como lectura obligatoria en la enseñanza básica.³⁹ A estos cambios siguió una revolución en el ámbito del arte: la sustitución de la pintura de tema religioso por la de tema laico. Durante siglos la pintura había sido una expresión privilegiada de la historia sagrada (la Biblia) y de los valores morales cristianos, una sucesión de imágenes que tenían el propósito de identificar a los individuos con la comunidad cristiana. Desde fines del siglo XVIII la pintura de los acontecimientos que forjaron la nación desalojó del escenario público a la historia religiosa y divulgó una imagen cívica, patriótica, republicana y nacionalista.

Inmediatamente después de la independencia surgió una iconografía dominada por los héroes, los emblemas y los símbolos nacionales. Sin embargo, la institución dedicada al cultivo y la promoción de las artes plásticas, la Academia de San Carlos, fundada en 1778 por los Borbones, seguía atada a sus orígenes neoclásicos. Sus influyentes exposiciones anuales, que comenzaron a celebrarse en 1849, eran una copia de los cánones establecidos en Roma, París o Madrid. Las exposiciones de la mitad del siglo fueron justamente criticadas por su contenido extranjerizante y la ausencia de una escuela mexicana de pintura. Paradójicamente, quien primero respondió a esta demanda naciona-

³⁸ PÉREZ VEJO, 2001, pp. 75-110.

³⁹ Véase ROZAT, 2001.

lista fue el archiduque Maximiliano, quien entre 1864 y 1867 mandó pintar los retratos de los héroes fundadores de la República (Hidalgo, Morelos, Guerrero, Iturbide...) ⁴⁰

Luego del triunfo de Juárez, Ignacio Manuel Altamirano, Ignacio Ramírez y otros patriotas exigieron asentar en las artes y las letras los cimientos del alma nacional. ⁴¹ Ramírez decía en 1869: “Es urgente dotar a la capital de la República de un establecimiento exclusivamente encargado de recopilar, explicar y publicar todos los vestigios anteriores a la conquista de la América; la sabiduría nacional debe levantarse sobre una base indígena”. ⁴² Varios pintores se preguntaban en esos años por qué en la Academia de San Carlos no había surgido una escuela mexicana de pintura que expresara las tradiciones del país y recordara sus grandes momentos y personajes. Presionado por estas demandas, Ramón Alcaraz, el director de la Academia, lanzó en noviembre de 1869 una convocatoria para un concurso de pinturas históricas de tema mexicano. Los premios y reconocimientos de la Academia, decía Alcaraz, habrían de enaltecer los episodios sobresalientes de la historia nacional y preservar la memoria de sus hombres ilustres. ⁴³

Las exposiciones promovidas por la Academia sobrepasaron los vaticinios más optimistas. Crearon, efectivamente, los cimientos de una escuela mexicana de pintura, convirtieron esas exposiciones en un acontecimiento nacional e hicieron de la obra plástica un nuevo intérprete del pasado. La iniciativa de pintar cuadros históricos le abrió paso a una interpretación plástica de la antigüedad indígena, la conquista, el virreinato y la historia moderna. En las pinturas de José Obregón (*El descubrimiento del pulque*, 1869) y de Rodrigo Rodríguez (*El senado de Tlaxcala*, 1875), la representación del pasado prehispánico experimentó un cambio sustancial. En estas obras el indígena es el primer actor de la escena histórica, y ésta cobra el aire de una antigüedad

⁴⁰ PÉREZ VEJO, 2001, pp. 77 y 95-97.

⁴¹ Véase CASANOVA GARCÍA, 1987.

⁴² GRON, 1976, pp. 51-83 y MARTÍNEZ, 1955.

⁴³ Citado por WIDDIFIELD, 1996, p. 180.

clásica. Estas pinturas, como las esculturas de Manuel Vilar de Moctecuhzoma (1850) y Tlahuicole (1852), o el monumento a Cuauhtémoc (1886) de Miguel Noreña, son las primeras que le otorgan al indígena un lugar protagónico en el escenario histórico y lo muestran representando valores más altos que los de sus conquistadores.⁴⁴

El episodio de la conquista, el preferido en la literatura y la pintura del conquistador, cambió de significado. En lugar de exaltar el poder expansivo del imperio español o el genio político de Hernán Cortés, los lienzos de Félix Parra, *Fray Bartolomé de las Casas* (1875) y *Masacre de Cholula* (1877), son una condena de ese acontecimiento, que se representa como cruel, atroz y sanguinario, “y como algo todavía dolorosamente presente y, por lo tanto, susceptible de un juicio moral”.⁴⁵ La representación del siglo XIX, después de la catastrófica experiencia de la pérdida del territorio, la humillación militar y la guerra civil, se transfiguró, a través de la pintura y la escultura, en un cortejo de héroes que comenzaba con el retrato de los libertadores, seguía con la imagen de los hombres de la Reforma y concluía con los vencedores del ejército francés. La imagen más radiante de este desfile heroico era la de la patria, transfigurada en una mujer mestiza, hermosa y triunfal. De este modo, como dice Tomás Pérez Vejo, la pintura de historia se afirmó como un género “más elocuente que cien libros”.⁴⁶

Después de los años de reconstrucción que siguieron a la Revolución de 1910, renació el proyecto de fundar el Estado en sus raíces indígenas y en los valores republicanos y nacionalistas. Con la fuerza del Estado revolucionario cobró impulso el movimiento nacionalista más original y exitoso de América Latina, fincado en la recuperación del pasado y la pintura de historia.

El rescate histórico fue acompañado por la exploración arqueológica y los estudios lingüísticos, etnográficos, musi-

⁴⁴ WIDDIFIELD, 1996, pp. 42-45. Véase, especialmente, los ensayos de Esther Acevedo y Eloísa Uribe contenidos en URIBE (comp.), 1987.

⁴⁵ WIDDIFIELD, 1996, cap. 3.

⁴⁶ PÉREZ VEJO, 2001, p. 6.

cales, folclóricos, artísticos, arquitectónicos y culturales. Estas distintas manifestaciones del pasado y estas variadas tradiciones, procedentes de regiones específicas, fueron repentinamente proyectadas al rango de emblemas y prototipos nacionales, cuando se cruzaron con los medios de comunicación modernos: la fotografía, el radio, el cine, el periódico, la televisión. La pintura mural, por ejemplo, que era una antigua tradición europea (medieval y renacentista) y mexicana (mesoamericana y colonial), tuvo una proyección inusitada cuando José Vasconcelos, el secretario de Educación, le dio a los pintores las paredes de los principales edificios públicos.

El muralismo, como dice Octavio Paz, es un parto de la Revolución:

Sin la Revolución esos artistas no se habrían expresado o sus creaciones habrían adoptado otras formas; asimismo, sin la obra de los muralistas la Revolución no habría sido lo que fue. El movimiento muralista fue ante todo un descubrimiento del presente y el pasado de México, algo que el sacudimiento revolucionario había puesto a la vista: la verdadera realidad de nuestro país no era lo que veían los liberales y los porfiristas del siglo pasado sino otra, sepultada y no obstante viva... Todos tenemos nostalgia y envidia de un momento maravilloso que no hemos podido vivir. Uno de ellos es ese momento en el que, recién llegado de Europa, Diego Rivera vuelve a ver, como si nunca la hubiese visto antes, la realidad mexicana.⁴⁷

El muralismo se convirtió en una expresión de la épica revolucionaria; pintó de manera exaltada e inolvidable a sus héroes y resumió en colores atractivos y en un discurso didáctico los muchos siglos del pasado mexicano. José Clemente Orozco, Diego Rivera, David Alfaro Siqueiros y otros muralistas plasmaron en las paredes escenas y personajes del pasado con tal fuerza que esas imágenes, llenas de vida, acabaron por representar momentos decisivos de la historia mexicana. Diego Rivera, sobre todo, quiso ser un profesor de historia y un agitador de conciencias:

⁴⁷ Citado por MONSIVÁIS, 2000, pp. 989-990.

Tenía —dice— la ambición de reflejar la expresión esencial, auténtica de la tierra. Quería que mis obras fueran el espejo social de México [...] Me propuse ser [...] un condensador de las luchas y aspiraciones de las masas y a la vez transmitir a esas mismas masas una síntesis de sus deseos que les sirviera para organizar su conciencia y ayudar a su organización social.⁴⁸

Su obra no modificó los procesos históricos delineados por Justo Sierra en la *Evolución política del pueblo mexicano*. Pero tuvo la obsesión, como advirtió Octavio Paz, de ser didáctico, discursivo y prolijo. Sus lienzos históricos difundieron una visión maniquea del pasado, conformada por un enfrentamiento pertinaz entre los campesinos y trabajadores pobres contra los latifundistas, empresarios, militares, políticos, sacerdotes e intelectuales explotadores. Y también mostró, en sus extraordinarias reproducciones de la antigua Tenochtitlán o de las labores campesinas, el poder “incantatorio” que adquiere la imagen cuando se une con la reconstrucción del pasado.

Quizá uno de los logros más altos de estas representaciones del pasado que conjugan el rescate arqueológico, la antropología y la imagen, sea el de los museos fundados en el siglo XX. Ya en el Museo Nacional de Historia, que inauguró Porfirio Díaz en 1911, había coincidido la acumulación de piezas históricas selectas con el despliegue museográfico dedicado a atraer e instruir al espectador. Pero correspondió al Museo de Antropología inaugurado en 1964 el privilegio de ser el recinto público donde la riqueza y calidad de los objetos exhibidos se unió con su exacta ubicación histórica y científica, en un marco en el que la presentación de las piezas, la iluminación y el entorno museográfico contribuían a darle al conjunto una proyección inusitada y cautivadora. De este modo, los arqueólogos, historiadores y antropólogos transformaron la idea que se tenía del museo. En lugar de ser “una especie de almacén de curiosidades”, el museo se convirtió en una institución científica dedicada al acopio y clasificación de sus colecciones, en un centro de investigación y en un me-

⁴⁸ Citado por MONSIVÁIS, 2000, p. 990.

dio poderoso de difusión cultural. La unión entre conocimiento histórico e imagen convirtió al museo en un reflector poderoso del pasado, en un símbolo de identidad y en el arca preciosa donde se guarda el patrimonio nacional.⁴⁹

El influyente libro de Benedict Anderson sobre las comunidades imaginadas construidas por los nacionalismos de los siglos XIX y XX, señaló como principales artífices de estos edificios el relato histórico, el censo, el mapa y el museo. Como se ha visto en este repaso fragmentario de la construcción de la memoria colectiva mexicana, los principales activadores de esa memoria, y de la idea de nación e identidad nacional, han sido el texto en su forma de relato histórico, la pintura de historia, los mapas y el museo (el imaginario visual). El censo, la novela, la poesía y el teatro casi nunca se han considerado como fuentes importantes de la representación del pasado. A estos grandes huecos en el estudio de la construcción de la nación debe agregarse el más notorio de todos: la ausencia de investigaciones sobre la concepción política de la nación elaborada por los grupos conservadores y la Iglesia.

REFERENCIAS

AGUILAR CAMÍN, Héctor *et al.*

- 1976 *En torno a la cultura nacional*. México: Instituto Nacional Indigenista-Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, «Presencias, 14».

ALVA ÍXTLILXÓCHITL, Fernando de

- 1972 *Obras históricas*. Estudio introductorio de Edmundo O'Gorman. México: Universidad Nacional Autónoma de México.

ANDERSON, Benedict

- 1991 *Imagined Communities, Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. Londres: Verso.

⁴⁹ FLORESCANO, 1997, pp. 163-170.

APPIAH, Kwame Anthony

- 2003 "You Must Remember This", en *The New York Review of Books*, L:4 (13 mar.), pp. 35-37.

BOONE, Elizabeth Hill

- 2000 *Stories in Red and Black. Pictorial Histories of the Aztecs and Mixtecs*. Austin: University of Texas Press.

BRADING, David

- 1980 *Los orígenes del nacionalismo mexicano*. México: Era.
1991 *The First America*. Cambridge: Cambridge University Press.

BUSTAMANTE, Carlos María de

- 1985 *Cuadro histórico de la Revolución mexicana*. Edición facsimilar de la de J. Mariano Lara. México: Fondo de Cultura Económica, 5 vols.

CAÑIZARES-ESGUERRA, Jorge

- 2001 *How to Write the History of the New World*. Stanford: Stanford University Press.

CASANOVA, Rosa

- 1987 "1861-1876", en URIBE (comp.), pp. 113-183.

CLAESSEN, Henri M. y Peter SKALNIK

- 1978 *The Early State*. The Hague: Mouton Publishers.

COHEN, Ronald

- 1978 "State Origins: A Reappraisal", en CLAESSEN y SKALNIK, pp. 31-75.

FLORESCANO, Enrique

- 1997 "La creación del Museo Nacional de Antropología", en FLORESCANO (comp.), vol. II, pp. 147-171.
1999 *Memoria indígena*. México: Taurus.
2001 *Memoria mexicana*. México: Taurus.
2002 *Historia de las historias de la nación mexicana*. México: Taurus.

FLORESCANO, Enrique (comp.)

- 1997 *El patrimonio nacional de México*. México: Fondo de Cultura Económica.

GIRÓN, Nicole

- 1976 "La idea de cultura nacional en el siglo XIX: Altamirano y Ramírez", en AGUILAR GAMÍN *et al.*, pp. 51-83.

GRUBE, Nikolai (comp.)

- 2001 *Los mayas. Una civilización milenaria*. Editado por Nikolai Grube con la colaboración de Eva Eggebrecht y Matthias Seidel. Colonia: Könemann.

HALBWACHS, Maurice

- 1994 *Les cadres sociaux de la mémoire*. Prefacio de Gérard Namer. París: Albin Michel.

MARGALIT, Arishai

- 2002 *The Ethics of Memory*. Harvard: Harvard University Press.

MARTIN, Simon

- 2001 “La gran potencia occidental: los mayas y Teotihuacan”, en GRUBE, pp. 98-111.

MARTÍNEZ, José Luis

- 1955 *La expresión nacional. Letras mexicanas del siglo XIX*. México: Imprenta Universitaria.

Memorial de Sololá

- 1950 *Memorial de Sololá. Anales de los Cakchiqueles. Título de los señores de Totonicapán*. Edición de Adrián Recinos. México: Fondo de Cultura Económica.

MIER, Servando Teresa de

- 1922 *Historia de la Revolución de la Nueva España, antiguamente Anáhuac, o verdadero origen y causas de ella con la relación de sus progresos hasta el presente año de 1813*. México: Imprenta de la Cámara de Diputados.
- 1978 *Ideario político*. Prólogo, notas y cronología de Edmundo O’Gorman. Caracas: Biblioteca Ayacucho.

MILLON, René

- 1973 *Urbanization at Teotihuacan, Mexico*. Austin: University of Texas Press.

MOMIGLIANO, Arnaldo

- 1986 *Génesis y desarrollo de la biografía en Grecia*. México: Fondo de Cultura Económica.

MONSIVAÍS, Carlos

- 2000 “Notas sobre la cultura mexicana”, en *Historia general de México*. México: El Colegio de México, pp. 957-1076.

PÉREZ VEJO, Tomás

- 2001 “Pintura de historia e imaginario nacional: el pasado en imágenes”, en *Historia y Grafía*, 16, pp. 75-110.

POCOCK, John Greville Agard

- 1999 *Barbarism and Religion*. Cambridge: Cambridge University Press, 2 vols.

Popol Vuh

- 1950 *Popol Vuh. Las antiguas historias del Quiché*. Edición de Adrián Recinos. México: Fondo de Cultura Económica.
- 1985 *El libro maya del albor de la vida y las glorias de dioses y reyes*. Traducido del quiché por Dennis Tedlock. México: Diana.

RIVA PALACIO, Vicente

- 1884-1889 *México a través de los siglos*. México: J. Balleescá y Cía. Editores, 5 vols.

ROZAT, Guy

- 2001 *Los orígenes de la nación. Pasado indígena e historia nacional*. México: Universidad Iberoamericana.

SAHAGÚN, Bernardino de

- 2000 *Historia general de las cosas de la Nueva España*. Introducción, paleografía y notas de Alfredo López Austin y Josefina García Quintana. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 3 vols.

SIERRA, Justo

- 1900-1902 *México y su evolución social*. México: J. Balleescá y Cía. Editores, 2 vols.
- 1950 *Evolución política del pueblo mexicano*. México: Fondo de Cultura Económica.
- 1993 *Evolución política del pueblo mexicano*. Estudio introductorio de Álvaro Matute. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

SMITH, Mary Elizabeth

- 1973 *Picture Writing from Ancient Southern Mexico. Mixtec Place Signs and Maps*. Norman: University of Oklahoma Press.

SMITH, Mary Elizabeth y ROSS PARMENTER

- 1991 *The Codex Tulane*. New Orleans, La.: Middle American Research Institute, Tulane University.

El Título de Totonicapán

- 1983 *El Título de Totonicapán*. Edición facsimilar, transcripción y traducción de Robert M. Carmack y James L.

Mondloch. México: Universidad Nacional Autónoma de México.

TONKIN, Elizabeth

1992 *Narrating our Pasts. The Social Construction of Oral History*. Cambridge: Cambridge University Press.

URIBE, Eloísa (coord.)

1987 *Y todo... por una nación. Historia social de la producción plástica de la ciudad de México, 1781-1910*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.

VÁZQUEZ, Josefina Zoraida

1970 *Nacionalismo y educación en México*. México: El Colegio de México.

WIDDIFIELD, Stacie G.

1996 *The Embodiment of the National in Late Nineteenth Century Mexican Painting*. Tucson: The University of Arizona Press.